



Muerte por acidia

*Una reflexión sobre la erosión
de la ciudadanía*

Fernando Galindo Cruz
*Facultad de Economía y Negocios,
Universidad Anáhuac México*
fernando.galindocr@anahuac.mx

Nous mourons à petit feu de ne plus vouloir vivre ensemble.

Alexis Jenni, L'art française de la guerre

1. Ciudadanos rabiosos

En las visiones apocalípticas tan populares en nuestro tiempo y plasmadas lo mismo en películas que en novelas y series de televisión, el colapso de una civilización ocurre de modo súbito, ocasionado por una catástrofe natural, un gran terremoto, una epidemia, una explosión nuclear. Y lo sobrevivientes son aquellos que están dispuestos a abandonar todo reparo mínimo de decencia, a violar todo código moral, religioso o jurídico con tal de mantenerse con vida.¹

En la realidad, no nos enfrentamos a un colapso súbito de nuestra civilización, más bien presenciamos una “muerte por acidia”, una erosión paulatina y cotidiana, casi “normal” de la calidad de nuestra vivencia y convivencia ciudadana.

Esta erosión se observa en primer lugar en la creciente desconfianza de las personas hacia las instituciones públicas. Pero se manifiesta también como una especie de cansancio o decepción de la democracia, porque esta forma de gobierno (esta forma de vida) no nos ha entregado aquello que esperábamos de ella: seguridad, prosperidad y, muy en tercer lugar, libertad.

Tal parece que los años de libertad, precaria, incompleta, imperfecta, de que hemos disfrutado en las últimas décadas, no son argumento suficiente para seguir apostando por un modelo que no garantiza satisfactores materiales e ingresos estables para todos. De ahí que muchos de nuestros conciudadanos hayan perdido la fe en la democracia, y en el poder de la política para transformar en sentido positivo a la sociedad.

El desprecio a la política, a las instituciones públicas y a los políticos se encuentran en el origen de la actitud de rabia de mayor o menor intensidad que corroe interiormente a muchos mexicanos y que envenena, y en última instancia trunca el incipiente debate público tan necesario para nuestra sociedad.

La rabia nos impide ponderar nuestra situación política, económica y social con sensatez y tranquilidad de espíritu. La rabia nos lleva a manifestar —muchas veces de manera violenta— a la menor provocación nuestro hartazgo frente a nuestras instituciones políticas y nuestro gobierno, sin matices de ningún tipo y sin hacer excepciones.

1. Para un ensayo reciente sobre la fragilidad de nuestra civilización y la presencia de la barbarie y la violencia en la vida cotidiana, véase *Violence et passions* de Baverez, Nicolas (París: L'Observatoire, 2018).

Es en nombre de esta rabia que como sociedad toleramos que se amenace en manifestaciones multitudinarias la integridad de miembros de nuestra policía. Que pobladores rabiosos de alguna localidad del país “secuestre” y veje soldados para protestar por la falta de apoyos del gobierno. Toleramos que en nombre de la rabia social se destruya mobiliario urbano, público, que nos pertenece y nos sirve a todos los mexicanos. Toleramos que se ponga en entredicho en la calle el poder que legítimamente se ha ganado en las urnas. Que se confunda muchedumbre enrarecida con mayoría democrática; y vociferación extremista e intolerante con sano disenso democrático.

Es también en nombre de esa rabia que toleramos muestras de prepotencia por parte de “ciudadanos-de-a-pie” contra nuestros servidores públicos. Hay quien por esta rabia justifica la evasión fiscal (un delito que nos afecta a todos) y la violación de leyes y disposiciones de todo tipo, desde el reglamento de tránsito hasta ingerir alcohol en la vía pública.

Para muchos mexicanos esta rabia social justifica atentados contra nuestras instituciones políticas y sus representantes. La mala calidad de nuestra democracia es para estos “ciudadanos rabiosos” el mejor argumento para atacar a la democracia.

El ciudadano rabioso se ve a sí mismo como una de las incontables de víctimas que sufren a manos de una clase política explotadora y abusiva. Pero su rabia no se limita exclusivamente a los políticos, sino que se extiende a todos los que considera “poderosos”: los líderes sindicales, los empresarios, las corporaciones transnacionales, el Fondo Monetario Internacional, los jefes de la Iglesia Católica o los directivos de la Femexfut. Todos ellos conspiran para mantenerlo a él, al ciudadano-de-a-pie en la vida de amargura y frustración que lleva.

A pesar de su radicalidad, la postura del ciudadano-rabioso-de-a-pie es muy cómoda: No está obligado a hacer algo, ni a sentirse responsable por nada. No está obligado a acatar la ley, porque las leyes son injustas; ni a respetar a los policías de tránsito, porque son “corruptos y estúpidos”. No está obligado a respetar a sus conciudadanos porque, como está lleno de rabia, no se puede contener. Y no le importa quién se la hizo, sino quién se la paga. No está obligado a pagar impuestos, ¿para qué? si se los roban. No está ni siquiera obligado a votar, porque votar no sirve para nada. “Todas las elecciones están amañadas”.

El ciudadano rabioso está convencido de que tiene la razón. Está convencido de que todos nuestros políticos y todas nuestras instituciones públicas son corruptas. Está convencido de que todos los actos de autoridad del Estado son arbitrarios, injustos y opresores.

El ciudadano rabioso es profundamente pesimista. Su pesimismo es el origen de su angustia, pues siempre espera lo peor: el colapso total de nuestro país; la vuelta a la barbarie; el advenimiento final del Narco-estado. Esta angustia justifica para el ciudadano rabioso su pasividad y su cobardía para actuar políticamente dentro o fuera de los partidos políticos.²

Este pesimismo como remedo de postura política es la actitud de muchos intelectuales (rabiosos, también) que ahogan el debate público con descalificaciones de origen, con citas ingeniosas de algún literato o filósofo de la política, y con una arrogancia moral que los ha llevado a hacer de la apatía política una virtud, y de la cobardía para participar en política una marca de pureza de espíritu.

El pesimismo es la cobardía de los intelectuales.

2. El virus de la rabia ciudadana y la anti-política

La rabia, la apatía, el pesimismo y la arrogancia moral, no pueden ser virtudes ciudadanas de ningún tipo. Es ciertamente difícil para los políticos partidistas criticar actitudes de aquellos ciudadanos a los que les piden su voto y su confianza; y sin embargo es indispensable aclarar que el virus del ciudadano rabioso representa una amenaza real para nuestra democracia.

El ciudadano rabioso es extremista, y pide romper con las mediocridades y las ambigüedades de nuestra democracia burguesa. El ciudadano rabioso demanda acabar con todo, para que de las cenizas renazca una sociedad que, ahora sí, cumpla con las promesas de seguridad económica y justicia que nuestras democracias timoratas, lentas e institucionales no han podido cumplir, ni en México ni en muchas otras partes del mundo.

El ciudadano rabioso está harto de la artificialidad de la política; harto de candidatos que prometen una cosa y luego hacen otra al enfrentarse con las realidades y restricciones políticas y presupuestales de gobierno.

Como está harto, el ciudadano rabioso carece de paciencia; quiere que las cosas cambien ya, de inmediato. Y es incapaz de considerar que cambiar los vicios de una ciudadanía y de sus instituciones es un trabajo de generaciones.

2. Respecto a la distinción entre angustia y miedo, véase por ejemplo el reciente ensayo de Müller, Jan-Werner. *Furcht und Freiheit* [Miedo y libertad] (Berlín: Suhrkamp, 2019) en especial el capítulo 3 apartado 4 *Furcht und Freiheit wessen?* (¿miedo y libertad de quién?) Müller distingue entre al angustia como un sentimiento difuso de algún mal que eventualmente puede realizarse, y el temor o miedo frente a una amenaza concreta. Para Müller existe en la tradición de la filósofa Judith Shklar la posibilidad de construir un liberalismo fundado sobre la experiencia de la extrema vulnerabilidad de las víctimas de atrocidades como los totalitarismos del siglo XX. Tal liberalismo superaría el marcado individualismo de la tradición de Locke y el proceduralismo de la propuesta de John Rawls, por ejemplo. Propuesta que reduce el liberalismo al seguimiento de ciertos procedimientos que protejan la capacidad de decisión individual, sin garantizar derechos que protejan de manera efectiva la dignidad humana.

Los ciudadanos rabiosos demandan líderes rabiosos también. Son en muchos casos ciudadanos rabiosos quienes impulsan posturas extremistas y radicales de izquierda o de derecha, lo mismo *Syriza* (izquierda) y *Amanecer Dorado* (derecha) en Grecia, que el AfD (*Alternative für Deutschland*) Alemania y la *Liga del Norte* en Italia; el *Partido del Pueblo* en Dinamarca, el partido de los *Demócratas Suecos* en Suecia, el SVP en que Suiza o el FPÖ (Partido Austriaco de la Libertad) en Austria que ya ocupó el poder ejecutivo en coalición con el Partido Popular Austriaco; o *Le Front National* en Francia y en fechas recientes la posible candidatura de Éric Zemmour, quien ocupa un espectro aún más extremo que el del Frente Nacional que ha tenido que moderarse en los últimos años.

Son ciudadanos rabiosos — muy rabiosos — quienes llevaron a Trump a la Presidencia de los Estados Unidos, quienes intentaron reelegirlo por la fuerza el 6 de enero de 2021 en el asedio al Capitolio en Washington, y quienes seguramente apoyarán su regreso en 2024 tras declarar como “fraudulenta” el resultado de la elección de 2020.

Tanto Boris Johnson como Jair Bolsonaro en Brasil, Donald Trump, Mateo Salvini (Italia), Pablo Iglesias (España), Marine Le Pen, Jan-Luch Melénchon y ahora Éric Zammour (Francia)³, son todas figuras políticas que en una época de mayor sensatez y mesura no hubieran salido nunca de la obscura periferia política para ir a ocupar el centro del debate público.

Los ciudadanos rabiosos demandan “anti-políticos” rabiosos también. Anti-políticos con personalidad “auténtica”, que no temen decir estupideces — como que hace falta construir un muro entre México y Estados Unidos; o que los incendios en la Amazonia fueron provocados por activistas defensores de la ecología; o que la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea permitiría invertir millones de libras en el sistema nacional de salud británico.

La anti-política descalifica de tajo las vías de participación institucionales y legítimas de una democracia. La anti-política condena a la democracia por corrupta e ineficiente; y condena a los políticos por prestarse a participar en el juego democrático de instituciones y controles, en vez de destruir las instituciones para generar algo nuevo — que la anti-política no acaba de definir.⁴

3. Sobre Éric Zammour recomendando la emisión del 26 de septiembre de 2021 de “Le nouvele esprit public” titulada “La réaction est-elle en marche?” [¿Avanza el movimiento reaccionario?"] (<https://www.lenouvelespritpublic.fr/podcasts/282>) consultado el 24 de noviembre de 2021. Entre otras acusaciones fuertes —odio a los homosexuales, odio al Islam y a los migrantes, y odio a las mujeres— los participantes coinciden en calificar a Zammour como un “reaccionario”; y definen la “reacción” como la voluntad de traer al presente una situación supuestamente pasada que en realidad consiste en un pasado mítico, en este caso, una versión mítica de la Francia de De Gaulle y los llamados “treinta gloriosos”. Como podemos ver en México, esta actitud beligerante de promoción de un pasado mítico como el nuevo futuro, no es exclusiva de líderes en la democracia francesa. Además del formato en audio, la edición puede descargarse como texto. Véase también Lelia Abboud y Victor Mallet *Vincen Bollré, Éric Zemmour and the rise of ‘France’s Fox News’* *Financial Times*, 4 de octubre de 2021.

4. Numerosos artículos en diversas publicaciones han abordado bajo diversas perspectivas el fenómeno de la rabia ciudadana y la molestia contra los partidos políticos tradicionales. Algunos ejemplos recientes son: Respecto a Alemania,

La anti-política surge de la desesperación, la rabia y el resentimiento de los ciudadanos. Pero es una postura extremista del todo o nada, de blanco y negro; es una postura incapaz de negociar y transigir. La anti-política defiende a la intransigencia absoluta como la única postura honesta, coherente y transparente dentro de la participación pública. Precisamente por eso se opone de modo radical a la democracia, ya que la vida democrática es esencialmente negociación, transigencia, acuerdos más y menos imperfectos.

La vida democrática es lo opuesto a la postura del todo o nada, es la permanente convicción de que podemos estar mejor, y de que hay que trabajar para ello; pero también de que estaríamos mucho peor si abandonáramos los controles y los límites de un régimen democrático y nos dejáramos seducir por los cantos de la anti-política o el autoritarismo.

Vale la pena detenernos un poco a considerar algunos ragos de los “anti-políticos” más populares en épocas recientes, aquellos que he mencionado ya.

Cuatro características de estos anti-políticos son la pretendida autenticidad, la arrogancia moral, la pasión tribunalicia y el puritanismo ideológico. Explicaré brevemente cada una de estas características⁵:

- 1) Pretendida autenticidad: Los anti-políticos se presentan lo mismo en sus declaraciones que en sus plataformas como genuinos ciudadanos rabiosos, indignados contra la clase política y

Thilo Sarrazin “Betrachtungen zur Populismus-Debatte” [“Consideraciones respecto al debate sobre el populismo”] en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ)*, 25 de mayo del 2016. En ese mismo diario y en esa misma fecha, pero respecto a la molestia de muchos ciudadanos de los países del este de la Unión Europea (Austria, Bulgaria, Hungría, Polonia, etc.) véase la conversación del periodista alemán Michael Martens con el intelectual búlgaro Iwan Krastew y el profesor suizo de la Universidad de Viena Oliver Jens “Die Eingeklemmten” [“Los estrujados”] *FAZ*, 25 de mayo del 2016. Respecto a Dinamarca puede verse el artículo de Hugh Eakin “Liberal, Harsh Denmark,” *New York Review of Books (NYRB)* 10 de marzo del 2016. Eakin presenta de manera concisa pero perturbadora la creciente xenofobia en Dinamarca. En el mismo número, el artículo de Mark Lilla “France: Is there a Way Out?,” *NYRB*, 10 de Marzo del 2016 trata de la situación en Francia en esos años. También sobre los ciudadanos “encolerizados” de Francia puede verse el artículo de Erwin Lecoœur en la revista *Esprit*, Marzo-Abril 2016 titulado “Le parti des mécontents” [“El partido de los descontentos”]. Este número de la revista está dedicado a la cólera ciudadana. En fechas más recientes y derivado de los malestares diagnosticados por Lilla y Lecoœur este sentimiento de descontento se cristalizó en torno al movimiento de “los Chalecos amarillos” (*Mouvement des gilets jaunes*). Al respecto puede verse, James McAuley “Low Visibility,” *NYRB*, 21 de marzo de 2019; y también escucharse la emisión de *Repliques* con Alain Finkielkraut *Les “gilets jaunes”: premier bilan* (<https://www.franceculture.fr/emissions/repliques/les-gilets-jaunes-premier-bilan>), 12 de enero de 2019. Asimismo, Michael Tomasky “[Trump], Can he be Stopped?,” *NYRB*, 21 de abril de 2016. De las pocas cosas buenas que ha tenido el “fenómeno Trump” son los excelentes y numerosos artículos y ensayos que se han escrito al respecto. Un ejemplo es el ensayo de Andrew Sullivan “Democracy Ends,” *New York*, del 2 de mayo de 2016.

5. Específicamente para el desarrollo de este apartado, pero también para la visión general de este texto, me ha sido enormemente provechosa la escucha atenta del programa radiofónico *L’Esprit public* conducido por Philippe Meyer y que se transmitía semanalmente los domingos por France Culture. El programa cambió de moderador en septiembre de 2016 pero Philippe Meyer lo relanzó con el nombre *Le nouvelle esprit public*, disponible en formato de podcast y con la misma calidad que el otrora programa de radio pública. Para este apartado fueron especialmente importantes los comentarios de Jean-Louis Bourlanges en el programa del 11 de octubre de 2015 (ya no está disponible en línea). El término de “pasión tribunalicia”, así como el de la “fascinación por la vertical del poder”, son conceptos utilizados por Jean-Louis Bourlanges; si bien la definición de estos conceptos y su aplicación en este ensayo es original mía.

contra las formas y procesos lentos e ineficientes de la democracia. Su rabia los hermana con el resto de la ciudadanía y justifica a la vez excesos retóricos y provocaciones continuas.

Protegidos por el aura de la autenticidad los anti-políticos hacen promesas irrealizables, simplifican situaciones en extremo complejas reduciéndolas a un par de frases escandalosas (piénsese en el manejo que hizo Boris Johnson de las condiciones para el *Brexit* o Donald Trump del problema migratorio) y proponen medidas económicas absurdas.

- 2) Arrogancia moral: Los anti-políticos asumen que poseen una calidad moral muy superior a aquella de los políticos tradicionales por el simple hecho de que no pertenecen a una tradición de participación política institucional; es decir, solo porque no pertenecen a un partido político ni han trabajado en la administración pública. En plena coincidencia con el ciudadano rabioso los anti-políticos dan por sentado que la política es un ejercicio corruptor y para corruptos. Y por eso consideran que tienen todo el derecho y todos los motivos para criticar a los políticos de carrera.
- 3) Pasión tribunalicia: Los tribunos en la antigua Roma eran los encargados de defender los intereses del pueblo o de los soldados frente al poder de los senadores y los magistrados. En el presente, la pasión tribunalicia es el afán de defender a los ciudadanos contra el pretendido abuso de poder permanente que padecen a manos de sus gobernantes, de todos los servidores públicos y de la llamada “clase política”. La pasión tribunalicia implica el desprecio a las instituciones y el culto a la personalidad de ciertos caudillos “vengadores” y “reivindicadores” de la ciudadanía.
- 4) Puritanismo ideológico y toma de posturas radicales: Las diversas corrientes de pensamiento que debieran animar a los partidos políticos de una democracia, emanan todas de la fuente común de ciertas convicciones sobre la naturaleza y el sentido de la política y del ejercicio de gobierno.

Este origen común equivale para los anti-políticos a una traición, pues la relación con los opositores es para los anti-políticos una relación de polémica perpetua. Entendamos polémica de acuerdo con el significado original de la palabra: la política es para ellos una batalla o una guerra permanente para destruir a los opositores. Una guerra que por lo general no recurre a ataques violentos, pero tampoco los excluye tajantemente.

El puritanismo ideológico cree que toda postura diferente a la propia es “moralmente imposible”. Es decir, que solo puede ser sostenida por personas inmorales, corruptas, que se niegan a aceptar lo evidente.

El puritanismo ideológico considera al disenso una prueba de corrupción moral, y aspira por ello a la unidad ideológica de toda la ciudadanía en torno a verdades evidentes y por tanto incuestionables.

Por su falta de disposición para analizar los problemas y escenarios políticos en su complejidad, y por su desprecio al disenso, el puritanismo ideológico deriva de modo necesario en la toma de posturas radicales en lo que refiere al ejercicio del poder estatal. Posturas extremas pero coherentes con la pureza de la ideología, a pesar de ser las más de las veces irrealizables en la práctica.

El puritanismo ideológico es rígido, por ello jamás podrá implantarse en una realidad política institucional flexible que permita la libertad, que acepte el disenso y la oposición.

3. La pasión antiliberal y la fascinación por la vertical del poder

Es fácil comprender cómo se articulan estas cuatro características y cómo se complementan y alimentan mutuamente para cristalizarse en una fuerte pasión antiliberal⁶:

En primera instancia la pretendida autenticidad se entiende como la virtud moral definitiva. Como la prueba irrefutable de la integridad personal. De acuerdo con esta convicción solo quienes son auténticos son capaces de descubrir hipocresía y falsedad en las intenciones, palabras y obras de todos los políticos. La autenticidad es entonces también justificación y motivo para la arrogancia moral.

La arrogancia moral obliga al anti-político auténtico a enfrentarse contra los políticos de carrera, que considera hipócritas y timoratos. Es también la arrogancia moral la que lleva al anti-político a verse a sí mismo como un defensor de los débiles, que para él, son todos los ciudadanos que no participan del gobierno y no forman parte de ningún partido político.

La arrogancia moral deriva por tanto en la pasión tribunalicia — el anti-político como el único tribuno de los ciudadanos, el único con la credibilidad y la calidad moral para enfrentar a los corruptos políticos. Pasión tribunalicia que va de la mano de un celo que se asume profético y redentor.

6. Para una crítica reciente de esta pasión anti liberal pero sobre todo anti libertad en la tradición de izquierda autodenominada progresista en los Estados Unidos, véase “The threat from the iliberal left”; “The iliberal left: How did American “wokeness” jump from elite schools to everyday life?” ambos en *The Economist*, 4 de septiembre de 2021.

El tribuno del pueblo es el profeta de un mundo mejor. Un mundo que en opinión del tribuno no existe únicamente por culpa de los políticos. Una vez que se expulse a los políticos y se imponga el tribuno como la única e incuestionable autoridad, llegará esa nueva era.

Además de profeta el tribuno es redentor. A fuerza de necesidad y de arrogancia moral el tribuno se ha logrado convencer de que solo él es capaz de entregar ese cambio al pueblo; y de que no será a través de las instituciones y el esfuerzo común y constante que se transforme una ciudadanía y una sociedad.

El tribuno no teme desgastar el tejido institucional que conforma una sociedad, pues piensa que con su carisma y liderazgo será capaz, en poco tiempo y sin esfuerzo, de sustituir cualquier institución. Es justo a causa de esta pretendida autenticidad, de la arrogancia moral, y de verse a sí mismo como tribuno de los ciudadanos, que el anti-político es incapaz de transigir en ningún aspecto de su lucha ideológica contra sus oponentes, sean estos de otro partido político u otra instancia de gobierno.

Si todos los políticos son corruptos, negociar con ellos es necesariamente una traición: Una traición a la propia autenticidad y una traición a la función de tribuno. Negociar con mentirosos y corruptos, volvería al anti-político mentiroso y corrupto también.

Para mantener su pureza ideológica y su estatus moral superior, el anti-político debe negarse a cualquier tipo de negociación. Debe aferrarse a sus posturas extremas y no estar dispuesto a ningún tipo de transacción: Toda “transa” (en el sentido de acuerdo y concesión a la otra parte) es “transa” o “tranza”, como decimos en México, es decir, es trampa.

La disposición continua a la confrontación, la descalificación de los políticos de carrera, de las instituciones e iniciativas de gobierno, son la consecuencia necesaria de las características del anti-político.

La posición del anti-político descalifica a la política porque confunde la negociación con la simulación. Y asume que la negociación es contraria a la autenticidad.

Para el anti-político la política es también fuente de hipocresía, porque nunca será posible pasar de la pureza de los principios al barro de la operación política cotidiana y del gobierno.

Desde esta perspectiva la política es también una forma de opresión a la ciudadanía, que es gobernada por instituciones frías y rígidas, en lugar de dejarse abrazar por el celo y el afán redentorista del tribuno, que, de tener suerte, llegará a ser un tirano benevolente.

Hay algo de contradictorio en la postura del anti-político, pues parece aspirar por medios políticos a destruir a la política. Esta intención de destruir la política por medios institucionales se encuentra en el origen de su pasión antiliberal.

La pasión antiliberal es la desconfianza absoluta frente a los mecanismos de la democracia y sus instituciones. Es la desconfianza frente al disenso como parte esencial de la interminable discusión democrática y frente al poder entendido como una horizontal multipolar.

Curiosamente, la creencia de que todo ejercicio del poder corrompe, mueve al anti-político a preferir la concentración del poder en pocas personas, y a favorecer un ejercicio más vertical del poder, que sea más efectivo y exclusivo: Un poder de gobierno selectivo y exclusivo, al alcance únicamente de aquellos que cuentan con las cuatro cualidades descritas del anti-político. Aquellos que, desde la óptica del anti-político, son los únicos moralmente en condiciones de ejercer el poder de modo eficiente y sin corromperse.

El anti-político favorece un ejercicio del poder centrado en grandes personalidades y no en estructuras institucionales, leyes y sistemas de control y rendición de cuentas.

Las instituciones buscan hacer lo extraordinario a través del trabajo conjunto ordinario de personas ordinarias. Por el contrario, la fascinación con la vertical del poder es la seductora idea de que ciertas personas extraordinarias pueden, por la fuerza de su personalidad y su talento, moldear a las instituciones a su gusto; que pueden, sin necesidad de sistemas de control ni de rendición de cuentas, lograr que las instituciones sean mucho más eficaces y de mayores alcances.

El anti-político asume que el ejercicio vertical del poder — en el cual el poder se concentra en una sola personalidad en la cima de la estructura — es el único ejercicio legítimo que previene de modo efectivo el abuso de los débiles y que está protegido contra la ineptitud y contra la corrupción. ¿Cómo abusaría el tribuno de los débiles ciudadanos a quienes ha jurado defender? ¿Y qué mejor remedio contra la tendencia tan humana a la corrupción y el abuso de poder, que un líder íntegro, moralmente invulnerable, e inmaculado en su ideología?

A través de la concentración y el ejercicio radicalmente vertical del poder, el anti-político, tribuno del pueblo, nos libraré por fin del peso de la democracia, de sus ineficiencias y defectos; eliminará la negociación como modo de vida y el disenso como actitud esencial de la democracia; y nos unificará como ciudadanía, por la mera fuerza de su personalidad y por su integridad moral bajo el manto de su bondad y sabiduría. El anti-político nos quitará el dulce yugo de la libertad, que para muchos

ciudadanos se ha vuelto insoportable. Ciudadanos que recibieron la libertad, pero prefieren, como en el libro del Éxodo, volver a la seguridad y calma de la vida en Egipto⁷.

La popularidad de los anti-políticos en muchas regiones del planeta nos obliga a cuestionarnos sobre las circunstancias que hicieron posible su paso de la periferia al centro de la escena pública.

4. Las “virtudes” de la anti-política y los vicios de los políticos

Los anti-políticos surgen en el seno de ciudadanías decepcionadas con la democracia y la política, y surgen como un intento de responder a los vicios de muchos de nuestros políticos de carrera. No es difícil identificar algunos vicios comunes en ciertos políticos, que encuentran su respuesta en las supuestas “virtudes” ya mencionadas de la anti-política:

La pretendida autenticidad responde a la incoherencia; la arrogancia moral a la corrupción; la pasión tribal al cinismo; y el puritanismo ideológico al oportunismo.

La pretendida autenticidad es una respuesta a la incoherencia que muestran muchos políticos entre aquello que predicán — democracia, transparencia, sobriedad, respeto a las instituciones — y aquello que viven: abuso de poder, compra de votos, opacidad en el manejo de presupuestos públicos y privilegios propios de su puesto; y un profundo desprecio a las instituciones y procesos democráticos cuando los resultados electorales no les favorecen.

La arrogancia moral es una respuesta a la corrupción en la que incurren y han incurrido tantos políticos⁸. El problema es que el arrogante moral no distingue entre corruptos y honestos; tampoco distingue entre tipos de corrupción, ni considera malos diseños del sistema democrático y de gobierno que ponen a políticos y gobernantes en circunstancias en las que es muy fácil incurrir en actos de corrupción.

El arrogante moral no toma en cuenta la condición humana vulnerable, ni las tentaciones y peligros morales propios del ejercicio del poder, de la autoridad y del manejo de cuantiosos recursos públicos. La pasión tribal es una respuesta al cinismo que muestran muchos políticos en sus declaraciones y acciones.

7. Para esta analogía véase el discurso de Ágnes Heller escrito pocos días antes de su muerte y leído de manera póstuma en la apertura del Foro Europeo Alpbach 2019. Una traducción al alemán del texto en inglés fue publicada bajo el título “Kein Weg führt nach Utopia” (Ningún camino conduce a Utopía) *FAZ*, 19 de agosto de 2019.

8. Para un análisis del problema de la corrupción en la democracia véase el dossier “La corruption, maladie de la démocratie” en *Esprit*, Febrero 2014. Véase también la fuerte denuncia desde la prisión del líder opositor ruso Alexej Nawalnyj “Die Wurzel allen Übels” (La raíz de todos los males) *FAZ*, viernes 20 de agosto de 2021.

El cinismo en la política es la aceptación sin ambages de la brecha entre nuestros supuestos ideales, principios y convicciones por una parte, y nuestras acciones contrarias a tales ideales, principios y convicciones por otra. El cinismo es la aceptación de la corrupción personal, de la incapacidad de ser coherentes y honestos. Pero es una aceptación que al cínico ni le provoca vergüenza, ni le causa cargo de conciencia, ni lo mueve a un propósito de enmienda.

El cínico comparte con el ciudadano rabioso el desencanto frente a las posibilidades civilizatorias de la política y de la democracia, pero en lugar de enardecerse por este desencanto el cínico decide sacarle provecho a la degradación de la ciudadanía y a la anulación de la política.

El cinismo destruye la posibilidad de creer en la política y es para la mayoría de los ciudadanos la prueba última de que nuestros políticos no tienen remedio.

En círculos partidistas se confunde en ocasiones al cinismo con un supuesto “realismo político”; se piensa que la actitud desencantada, desvergonzada y desencarnada que muestran los cínicos es una señal de madurez intelectual y disposición a ver la realidad tal cual es. ¡Nada más alejado de la verdad! El cinismo en política implica aceptar que no se puede mejorar la sociedad a través del trabajo político y que es cuestión de tiempo para que el miasma de la corrupción invada todos los ámbitos de la vida social.

El cinismo no es una actitud de madurez, sino de desesperanza.

El anti-político, movido por la pasión tribunalicia, desea confrontar al cínico y denunciarlo. Es noble este afán tribunalicio, pero está mal orientado porque no acaba de devolverles a los ciudadanos su dignidad y su poder como agentes responsables y coprotagonistas en la construcción democrática.

Por último, el puritanismo ideológico es la respuesta al oportunismo que muestran tantos políticos en la adopción de posturas, causas y creencias. Ambos extremos son peligrosos. El puritanismo ideológico impide la negociación y la autocrítica; y el oportunismo impide desarrollar una visión política consistente y de largo plazo.

El oportunismo en política es enormemente destructivo porque se rige más por las encuestas y las voces más escandalosas de un momento, que por las necesidades reales de la sociedad y la atención a problemas que solo tienen solución a largo plazo. Problemas relacionados con la infraestructura (indispensable para la industria, el comercio y el turismo), los cambios demográficos, el rezago educativo, la salud, o los temas de seguridad nacional, por poner algunos ejemplos. Ninguno de estos problemas puede atenderse tomando como criterio central la opinión recabada por una casa de encuestas, o los vaivenes veleidosos y muchas veces pagados de numerosos comentaristas en la prensa.

5. México como botín

En el origen de estos vicios se encuentra la carencia de una formación política sólida compuesta por ideales, principios e ideas.

Muchos políticos no tienen claro qué ideales son los que orientan su actuar, no han pensado o han olvidado hacia qué metas, anhelos profundos y horizontes dirigen sus acciones. Tampoco tienen claro sus principios: aquellos lineamientos de su actuar en los que no están dispuestos a transigir, al margen del costo electoral que esto pueda tener o de la recompensa monetaria. Sin ideales y principios es muy difícil tener ideas nuevas, que nos ayuden a transformar nuestra realidad.

El vacío de ideales y principios, y la carencia de ideas es quizá lo que ha permitido el auge del marketing político como la dimensión esencial de la actividad política contemporánea. El marketing político es un hijo bastardo de la política que tiene antecedentes en la práctica sofisticada denunciada magistralmente por Platón en “Gorgias”, y que adquirió una nueva fuerza con la conjugación del advenimiento de la televisión y el genio norteamericano para vender todo, hasta políticos.⁹

El marketing político es una forma suave de la propaganda, esa estrategia de manipulación de masas perfeccionada por Joseph Goebbels durante el régimen Nazi y tan popular también en el otro totalitarismo stalinista. Pero no por suave es menos peligroso, adictivo y dañino para la vida democrática. El marketing político es propaganda “sin alcohol”, pero no sin azúcar. Y una adicción a las bebidas azucaradas es también dañina.

El marketing político substituye el contenido por la forma: lo importante no es tener un buen candidato, con ideales claros y nobles, principios firmes y muchas ideas. Lo importante más bien es cómo ven las masas al candidato, cómo retrata en televisión, si da la apariencia de ser una persona confiable y amable; o más bien parece un arrogante y egoísta.

En la última década el marketing político ha acaparado la mente y la imaginación de los estrategas de campaña, y ha substituido la creación de un discurso coherente y la presentación de una visión política esperanzadora, ambiciosa y de grandes horizontes, por la obsesión con la apariencia y con los aspectos más triviales del candidato o la candidata: si usa o no bigote, si se presenta con falda o pantalón; si utiliza saco o chamarra; si va o no con corbata; si utiliza colores oscuros o colores pastel; si tiene un “distintivo” como un zarape, o un rebozo.¹⁰

9. Al respecto es enormemente interesante el artículo de la historiadora Jill Lepore, “The Lie Factory,” *New Yorker*, 24 de septiembre del 2011. Véase también Robert Shiller y George Akerlof, *Phishing for Phools* (Princeton: Princeton University Press, 2015) en específico el capítulo 5 “Phishing in Politics”.

10. De nuevo es recomendable Jill Lepore, “Politics and the New Machine,” *New Yorker*, 16 de noviembre de 2015. Y Jill Lepore, “The Party Crashers,” *New Yorker*, 22 de febrero de 2016. También es muy enriquecedora la reflexión de David Axelrod, *Believer* (Nueva York: Penguin, 2015) Pg. 74 ss. David Axelrod fue estratega de las campañas de Obama.

No es de extrañar por eso ni el hartazgo ni la rabia de millones de ciudadanos frente a campañas insípidas, con las mismas promesas vacías de siempre, las mismas fotografías y frases huecas de los candidatos.

La homogeneidad en los diseños visuales y auditivos de las campañas, y la nula creatividad en la propuesta, deja entrever que en México no existen suficientes agencias de marketing, o que todos los partidos recurren a las mismas malas agencias.

El marketing político, con el complemento de la obsesión por las encuestas, es la mezcla perfecta para reducir el ejercicio político y las campañas para ganar el voto ciudadano a algo similar al lanzamiento y la colocación en el mercado de un nuevo champú o de una crema de afeitarse.

Uno de los “méritos” del marketing político, es haber transformado el periodo de campañas en México en las semanas más desagradables para ver la televisión o escuchar la radio; bombardeados por anuncios insulsos e idénticos entre sí, la mayoría de los mexicanos añoramos el fin de las campañas y el retorno de los anuncios insulsos e idénticos entre sí de productos, no de candidatos.

La carencia de una visión y formación política sólida, así como los excesos cotidianos del marketing político llevan a muchos mexicanos a pensar que para la llamada clase política México es más un botín, que una promesa; un botín del que hay que apoderarse a toda costa. Un botín de privilegios económicos y jurídicos que permite, a quien es lo suficientemente descarado y temerario, tener más que los demás, violar la ley con impunidad y abusar de los otros.

La actitud cínica y destructiva de tantos políticos muestra que, aunque añoran y viven para alcanzar el poder, no saben qué es el poder, ni para qué sirve: “Macht besessen, macht vergessen” en la concisa y contundente frase de Richard von Weizsäcker¹¹.

6. Malos ciudadanos

Pero los vicios mencionados no son exclusivos de los políticos de carrera. Ni es tampoco cierto que tengamos políticos que en promedio son moralmente peores que el resto de la ciudadanía.

11. La frase podría traducirse así: “Nuestros políticos están poseídos por el poder, y se han olvidado de para qué sirve el poder”. Y era una de las frases de Richard von Weizsäcker, sexto Presidente de la República Federal Alemana. Debo la referencia a Mathias Geffrat, „Können Protestbewegungen etwas ändern? Eine Zwischenbilanz der Proteste. Teil 3 von 3.” [¿Pueden cambiar algo los movimientos de protesta? Un balance intermedio de la protesta. Tercera de tres partes.] Programa radiofónico “Essay und Diskurs” emitido el 4 de marzo de 2012.

¿Qué podemos pensar de una ciudadanía a la que es más fácil comprar con despensas o con puestos, que comprometer y convencer con proyectos comunes que mejoren la vida de todos en nuestra sociedad?

Es común escuchar la decepción y la justificada molestia de muchos candidatos de diversos partidos al toparse durante sus campañas con ciudadanos que solo tienen una inquietud: “¿Qué van a recibir a cambio de su voto?” Desde costales de cemento hasta puestos en la administración pública, incontables ciudadanos piensan que la participación política, al nivel que sea, es un camino para hacerse de privilegios y seguir saqueando al gran botín que es México.

Dejando de lado a estos ciudadanos, hay también otros vicios extendidos en nuestra ciudadanía, a saber: la apatía; el pesimismo; la ironía y el sarcasmo; la desconfianza absoluta; la tendencia a creer teorías de la conspiración y por último el desprecio al poder. Permítaseme abundar en cada uno de estos vicios.

Apatía como anulación de la ciudadanía

La apatía quiere decir etimológicamente la ausencia de “páthos” o de emociones y afectos. La apatía política es la indiferencia frente a los asuntos públicos, asuntos que nos conciernen a todos como ciudadanos porque afectan nuestra forma de vida individualmente y como sociedad.

Asuntos públicos que se dan lo mismo a nivel nacional e internacional que a nivel municipal, a nivel de la colonia o incluso de la manzana. Asuntos tan diversos como el calentamiento climático, el problema de la basura, la contaminación de los mantos acuíferos o la transparencia en la asignación de contratos multimillonarios de obra pública; pero también asuntos de una escala menor, como una coladera destapada (las más de las veces porque alguien se robó la tapa de la coladera), un vagabundo con problemas mentales que requiere atención, o una lámpara del alumbrado público que no funciona. La política en cualquiera de sus múltiples niveles y dimensiones se encarga de asuntos que nos competen a todos, y nos afectan a todos. La ciudadanía es la disposición para ocuparse de esos asuntos, ya sea dentro o fuera de un partido político o dentro y fuera de la administración pública. La apatía es por ello una de las formas de anulación de la ciudadanía.

El pesimismo y fatalismo

La indiferencia frente a los asuntos públicos es justificada muchas veces con una actitud pesimista y fatalista. Ya he hablado del pesimismo como una postura característica de los intelectuales cobardes. Pero el pesimismo desafortunadamente no se limita a aquellos que se consideran intelectuales, muy por el contrario es una actitud que afecta a toda la ciudadanía.

El pesimismo además de dar una justificación intelectual para la pasividad, la falta de compromiso y el desánimo, es una postura que permite tener siempre la razón. Aunque no lo parezca, el pesimismo es una apuesta al futuro — una apuesta a que en el futuro todo va a ser peor a como es ahora.

El pesimismo desemboca necesariamente en una actitud fatalista ante la vida y en especial ante la vida política. Fatalismo que se define como la certeza de que nada de lo que hagamos en el ámbito público tendrá a la larga incidencia en nuestra vida política y en la articulación de nuestra sociedad. El fatalismo promulga que todos nuestros esfuerzos por mejorar nuestra sociedad a través de la participación política están condenados a fracasar.

Para esta visión pesimista y fatalista cualquier éxito presente o pasado es o bien solo una victoria pírrica —una victoria que se consigue a un precio demasiado alto— o bien solo una aparente victoria. De prevalecer y difundirse el fatalismo, conducirá a la larga a nuestra sociedad a una degradación política cada vez mayor; degradación que por supuesto hará sentir sus efectos en el ámbito económico y social.¹²

La ironía y el sarcasmo

La irrupción de la ironía en la vida pública de una sociedad tuvo lugar como es bien sabido con Sócrates en la Atenas clásica. Como muestran Platón y Jenofonte, la ironía era una estrategia de Sócrates para desenmascarar las falsas pretensiones de sabiduría de muchos de sus contemporáneos, y especialmente de los más activos en la vida política: los retóricos, los poetas y aquellos que eran considerados “gente importante” en la sociedad de la época.¹³

La ironía socrática es una forma de la humildad de la razón — de aquel que se presenta al diálogo con los otros reconociendo su propia ignorancia y lo frágil y pasajero del conocimiento humano. Aquel que ciertamente está dispuesto a señalar los errores del otro, pero valora mucho más que le señalen los errores propios y lo ayuden a acercarse a la verdad.

12. Sobre el impacto permisivo de la desesperación en la vida política de un país y el paso de esta desesperación a una utopía maníaca véase Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*. (California: Anchor, 1961). Sobre las vías de salida a este pesimismo véase Runciman, David. *The Confidence Trap* (Princeton: Princeton University Press, 2011), Tourraine, Allan *Comment sortir du libéralisme ?*. (París: Fayard, 1998). Así como el ensayo de Hessel, Stephan. *Indignez-vous!* (Montpellier: Indigène éditions, 2011). Hessel, héroe de la resistencia francesa, reflexiona poco tiempo antes de morir sobre los retos que enfrentan las generaciones jóvenes.

13. **εἰρωνεία**, ἡ, disimulación del hablar. Cuando alguien se presenta como si no supiera algo que sí sabe. Herramienta con la que Sócrates atacaba a los sofistas, ver por ejemplo: Plat. *Rep.* I, 337 a. *Arist. Eth.* 4, 8, 13. De acuerdo con el diccionario griego-alemán de George Pape: Pape. *Griechisch-Deutsch*, pg.25633 de la versión digital (cf. *Pape-GDHW* Vol. 1, pg. 736). Véase también: **ἰρωνία**, ae, f. (εἰρωνεία), la fina burla, la **ironía** como figura retórica en Cic. *Brut.* 292 u. 293; de or. 2, 270. Sen. *contr.* 1, 7, 13. De acuerdo con el diccionario latín-alemán de Karl Ernst Georges. Georges. *Lateinisch-Deutsch / Deutsch-Lateinisch*, pg. 31020 de la edición digital (cf. Georges-LDHW Vol. 2, pg. 447)

El mismo Sócrates presenció cómo algunos jóvenes que gustaban de escucharlo utilizaban la ironía, sin reconocer a la vez su propia y juvenil ignorancia. Jóvenes que transformaban la ironía que debía ser una estrategia para descubrir los errores propios y ajenos, en una herramienta para ganar discusiones a toda costa, sin ninguna consideración respecto a la verdad o falsedad de lo afirmado.¹⁴

La ironía de Sócrates se dirigía en primer lugar a sí mismo y evidenciaba frente a sí y frente a los demás sus tan humanas limitaciones. Sócrates no se tomaba demasiado en serio a sí mismo, y eso le permitía tomar en serio las argumentaciones de los demás.

Por el contrario, la ironía predominante en el debate público contemporáneo se esgrime casi siempre separada de toda humildad de la razón.

La ironía se utiliza como el arma de refutación última, como el golpe de “¡basta!” sobre la mesa, que pone punto final a cualquier discusión, y que evita la conversación.

La ironía que esgrimen numerosos ciudadanos contra los políticos vuelve irrisorio cualquier argumento y ridiculiza cualquier iniciativa. Quizá porque se toman demasiado en serio, y se dan demasiada importancia a sí mismos y a sus opiniones muchos ciudadanos son incapaces de tratar con seriedad cualquier asunto público.

La ironía, como ha explicado con clarividencia el historiador Stefan Pyne, implica separarnos de aquello sobre lo que ironizamos.¹⁵ Y es esa separación la que permite ver las iniciativas de los políticos, los proyectos de ley, las reformas del ejecutivo y las sentencias del poder judicial como iniciativas ridículas, incapaces de detener el miasma de la corrupción y hacer frente así a la marea del fatalismo.

A la distancia incluso las acciones públicas más nobles lucen ridículas y las intenciones más transparentes se vuelven ambiguas y sospechosas. Por eso la ironía va tan de la mano de la apatía y del pesimismo: la ironía nos permite descalificar de antemano cualquier iniciativa política, sin tener que dedicar tiempo a escuchar y a dialogar con nuestros políticos y gobernantes. La ironía es el último “argumento” de los pesimistas, el as bajo la manga que nos autoriza para mantenernos en la pasividad. La ironía tiene un hermano gemelo, que se parece a ella en sus efectos, pero que es más violento y más fuerte, me refiero por supuesto al sarcasmo. Si la ironía se caracteriza por desacreditar discretamente y sin aspavientos —pero con un dejo de burla imposible de disimular— a cualquier interlocutor y a sus argumentos, el sarcasmo se caracteriza porque la burla es abierta, directa y mucho más fuerte. La raíz griega del sustantivo “sarcasmo” es el verbo “sarcaso” (**σαρκάζω**). Verbo que designa el acto de desagarrar la carne con los dientes, “como los perros”, acota el diccionario (**σάρξ**, es la palabra griega para carne).

14. Cf. Platón. *Apología* 23c-d.

15. Cf. Payne, Stephen. *Voice and Vision*. (Massachusetts: Harvard University Press, 2009) Pg. 48-51.

Si la ironía es como una boca entreabierta que apenas y deja escapar la burla, el sarcasmo es, según una de sus definiciones etimológicas, la risa burlona del iracundo.¹⁶

El sarcasmo es una boca con los dientes expuestos que “desagarra” con palabras hirientes y entre risotadas que parecen ladridos los argumentos contrarios. El sarcasmo “mastica” la credibilidad moral del adversario.

El sarcasmo es muchas veces la última defensa que le queda a quien sufre abuso de poder contra el poderoso. Es el arma para lastimar al poderoso y al arrogante, si no en su integridad física por lo menos en su ego.

El sarcasmo, como la ironía y la sátira, tienen un lugar insustituible en la democracia: Son elementos indispensables de la libertad de prensa. Armas que en el debate público nos permiten recordarles a los tiranos y a aquellos malos demócratas con tendencias autoritarias que son tan vulnerables y frágiles como todos nosotros.

Pero al igual que la ironía, el sarcasmo también se utiliza en exceso en nuestro debate público, y transforma lo que debiera ser un debate acalorado y apasionante pero también sensato y moderado, en una vociferación entre sordos.

Como la ironía, el sarcasmo en el presente se utiliza para impedir la discusión, no para fomentarla. Para ponderar el papel destructivo del sarcasmo basta un vistazo a las redes sociales: “saracaso, como perros salvajes y hambrientos al disputarse un trozo de carne”, tiende uno a pensar con el diccionario.

La desconfianza absoluta, la reprobación permanente

De la mano de la apatía, el pesimismo, el fatalismo, la ironía y el sarcasmo como recursos destructivos del diálogo, entre nuestros ciudadanos cunde también una epidemia de desconfianza absoluta con respecto a los políticos y gobernantes. Y de reprobación permanente como único juicio aceptable de sus acciones y proyectos.

Esta desconfianza absoluta ocasiona que los ciudadanos se distancien aún más de sus representantes y de los temas políticos que nos conciernen a todos.

16. **σαρκασμός**, ó, la risa burlona, la palabra burlona, el discurso burlón, la burla amarga de acuerdo al Pape: *Griechisch-Deutsch*, Pg. 81493 de la versión digital (Cf. Pape-GDHW Vol. 2, pg. 863). Y en latín. **sarcasmos**, ī, m. (**σαρκασμός**), la burla hiriente, la burla amarga, por ejemplo en Charis. 276, 25. Diom. 462, 6 u. 33. Serv. Verg. Aen. 2, 547. Véase Georges: *Lateinisch-Deutsch / Deutsch-Lateinisch*, pg. 49815 de la versión digital (cf. Georges-LDHW Vol. 2, pg. 2489)

La desconfianza es una virtud democrática que se traduce en el reiterado “llamado a cuentas” de quien ocupa un cargo público, en el balance de poderes, en la sujeción de todos —también de los gobernantes— a la ley, y en la asignación de cargos públicos por elección popular y por un tiempo determinado.

Sin embargo una cosa es desconfiar de un político específico, de sus actuaciones y decisiones particulares, y otra muy distinta es desconfiar de todo el sistema político y de todos los políticos. El juego de fuerzas democrático depende del voto de confianza que la ciudadanía otorga o retira a políticos específicos y a sus partidos. Voto que se hace en periodos específicos, y que implica concederle a cada político un cierto margen de libertad en su actuación en el gobierno. El problema de la desconfianza absoluta de muchos ciudadanos frente a los políticos es la descalificación injustificada y generalizada de *todos* los políticos. Descalificar a la clase política en general, implica descalificar a la democracia como sistema de gobierno.

La confianza, aunque tampoco debe ser nunca absoluta, es enormemente relevante para el sano funcionamiento de una sociedad: En la administración pública, en cualquier empresa, institución educativa, fábrica o despacho jurídico, el sistema en conjunto funciona bien sólo cuando cada uno hace lo que le corresponde y asume que los otros harán también lo que les corresponde.

Los mecanismos de control y vigilancia aunque indispensables dentro de empresas y organismos públicos no garantizan el éxito. No hay mejor sistema de control que la confianza fundada en la integridad y responsabilidad de cada uno de los miembros del órgano administrativo o de la empresa.¹⁷

En México se toma muchas veces la desconfianza absoluta frente a todos los políticos como una característica de la gente “educada” y “bien informada” que no se deja engañar y descalifica de antemano cualquier iniciativa de un político como mal intencionada y deshonesta.

De esta desconfianza absoluta surge la reprobación permanente como la única evaluación “moralmente” aceptable del actuar de los políticos y de los servidores públicos.¹⁸

17. Sobre el papel de la confianza en la política mundial Cf. Francis Fukuyama. *Trust*. (Nueva York: Free Press, 1996). Sobre el papel de la confianza en los negocios Cf. Robert Solomon et Fernando Flores. *Building Trust*. (Nueva York: Oxford University Press, 2001).

18. Roberto Frega apunta con acierto que la desconfianza ciudadana hacia los políticos es un reflejo de la desconfianza de los políticos a sus ciudadanos. Y pone como ejemplo las rigidez y obligatoriedad de las medidas de contención de la epidemia Covid: Países como España, Italia y Francia impusieron medidas mucho más restrictivas y sanciones en ocasiones “draconianas” para contener la movilidad; mientras que en otros países como Gran Bretaña o Bélgica las medidas de confinamiento han sido mucho menos restrictivas. Distintos niveles de confianza en la ciudadanía provocan que algunos gobiernos confíen más en “el ejercicio razonable de la autonomía individual” que otros. Véase Roberto Frega “Les dimensions de la confiance” en *Esprit*, Octubre 2020.

Si el veredicto y la sanción reprobatoria es anterior a la acción ¿qué razón tiene un político para esforzarse en buscar nuevas soluciones a los problemas y en mantenerse fiel a sus principios éticos y resistir las numerosas tentaciones de corrupción, si de cualquier forma su esfuerzo no será reconocido ni honrado por sus conciudadanos? ¿Por qué apegarse a una ética profesional y personal que la opinión pública no reconoce ni admira?

Desde la antigüedad el buen nombre y la honra han sido motivaciones centrales para que los políticos actúen en favor de su ciudad y de la ciudadanía. De la misma manera que la opinión pública censura a los políticos corruptos, conviene que honre a aquellos íntegros; justo porque ser íntegro en la política del hoy y en el contexto mexicano es enormemente difícil.

Muchos ciudadanos que retiran su apoyo y confianza a los políticos muestran únicamente su arrogancia moral y su coqueteo con el fatalismo, que los lleva a creer y proclamar que “todos los políticos son iguales”.

El desprestigio de la clase política *in toto*, el “desencanto de la política”, es el mejor campo de cultivo para los dictadores y tiranos. Los ciudadanos decepcionados de sus políticos y de su sistema político son presa fácil de vendedores de ilusiones con tonos redencionistas.

Mejorar los partidos políticos y el sistema democrático de una nación es una labor hercúlea de todos los ciudadanos que dura generaciones e implica trabajo constante, empeñado y arduo en muy diversos campos como la educación, la economía y la cultura.

Los mesías populistas prometen en cambio una especie de *fast track*, una vía rápida y sencilla de una democracia naciente, pobre y que camina entre tropezones, a un país supuestamente grande, igualitario y rico.

Hugo Chávez fue uno de los primeros anti-políticos de esta nueva ola de desconfianza hacia los partidos y la forma de vida democrática y así fue como llegó al poder en Venezuela: presentándose como alguien que viene de “fuera de la política”, que no pertenece al grupo de “los políticos” (corruptos y enemigos del pueblo). Alimentando el odio y el distanciamiento ciudadano con respecto a las instituciones políticas a la clase política; acusando a los políticos de todos los males que aquejaban a Venezuela; generando grupos paramilitares, como hicieron los Nazis; aprovechándose de la rabia de todos esos ciudadanos hartos. Murió el perro... pero contrario al adagio no se acabó la rabia.

La desconfianza de la política y la reprobación permanente se sirven de una debilidad política tradicional en las sociedades democráticas. A saber, la tendencia de muchos ciudadanos a creer

en las teorías de la conspiración. Aunque esta tendencia forma parte de los rasgos de una mala ciudadanía, por su complejidad y por el peligro que representa para la democracia merece un apartado propio.

7. La teoría de la conspiración, cáncer de la democracia

El visitante encontrará en la principal entrada de Teotihuacán, aún antes de ingresar propiamente al sitio arqueológico un aviso que, a pesar de su nulo valor histórico, no deja de ser interesante: El INAH advierte a los turistas que las pirámides no fueron construidas por extraterrestres sino por los habitantes de Teotihuacán. El anuncio viene en inglés y español y, para no dejar duda, presenta el dibujo común de un alienígena de cabeza alargada y ojos sin párpados dentro de la señal de prohibido (el círculo rojo con la línea transversal de arriba abajo) El anuncio, a pesar de ser innegablemente cómico y divertido, pone en evidencia un extendido mal que afecta a nuestra ciudadanía: la tendencia a creer teorías de la conspiración.

Las teorías de la conspiración son explicaciones alternativas a acontecimientos históricos de toda índole, desde catástrofes naturales, hasta atentados terroristas; asesinatos políticos y la muerte de artistas o personas famosas. Explicaciones descabelladas, en muchas ocasiones malintencionadas y siempre carentes de sentido común y sentido crítico.

Una de las más célebres teorías de la conspiración se la debemos a Nerón, el emperador Romano. Nerón vivió del 37 al 69 d.C. y fue emperador del 54 al 68.¹⁹

En la noche del 18 al 19 de julio del 64 en una de las zonas más populosas de la ciudad de Roma, la zona del *Circus Maximus*, se desató un incendio. El incendio comenzó en un barrio habitado por comerciantes griegos y asiáticos durante uno de los días más calientes del verano, así que lo más probable es que se haya generado por descuido y de forma accidental. El incendio duró en total 9 días y devastó por completo tres de las zonas de la ciudad, dañó otras siete y solo dejó cuatro sin ninguna afectación. El incendio consumió más de cuatro mil “insulae” (islas) —que era como llamaban a las viviendas de alquiler más modestas— y más de cien “domi”, las famosas villas romanas.

19. La referencia clásica para este episodio histórico es Tácito, cf. Tácito. *Anales Tomo II*. Libro XV, capítulos 38-44 (Madrid: Gredos, 2001). Cf. asimismo Miriam Griffin. *Nero, the End of a Dynasty*. (Nueva York: Routledge, 1984) Pg. 112, 132-133; Donald Kayle. *Spectacles of Death in Ancient Rome*. (Nueva York: Routledge, 1998) Pg. 244-246; Massimo Fini. *Nero, Zweitausend Jahre Verleumdung*. (Múnich: Herbig, 1994). Capítulo 6; Erker, D. J. “Religion”, en Buckley E. et Dinter M. eds. *A Companion to the Neronian Age*. (Oxford: Willey-Blackwell, 2013) Pg. 118 ss.; Wiederman, T.E.J. “Tiberius to Nero”, en Bowman A et.al. eds. *The Cambridge Ancient History X, The Augustan Empire*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1996) Capítulo 5 apartado V “Nero”.

Casi a la par del incendio se expandieron rumores que afirmaban que Nerón, el emperador mismo, había sido el autor del incendio. Y que desde la torre de Mecenas observaba el incendio mientras con la lira cantaba versos de la *Iliada*. Se decía que Nerón provocó el incendio para poder llevar a cabo sus ambiciosos planes de renovación y embellecimiento de la ciudad, y en específico para dejar espacio para su *Domus Aurea*, su “casa de oro”.

En realidad, Nerón se encontraba en su residencia de verano a unos 50 kilómetros de la ciudad. En cuanto se enteró de la noticia volvió a Roma y se dedicó a organizar las estrategias para controlar el incendio y evitar que consumiera a la ciudad entera. Una de las estrategias de mayor envergadura consistió en establecer barreras con materiales de construcción y tierra para tratar de evitar que el incendio se siguiera extendiendo.

A pesar de todos sus esfuerzos, muy pronto se estableció el rumor de que Nerón era el responsable del incendio. Algunos historiadores piensan que, en el afán de probar su inocencia, Nerón decidió culpar a los cristianos, que en aquel entonces eran una minoría que se consideraba como una secta fanática religiosa.

Nerón, a fin de escapar a los nocivos efectos de una teoría de la conspiración, decidió inventar una nueva teoría de la conspiración que colocará la culpa en otras personas, probablemente igual de inocentes. La teoría de la conspiración de Nerón derivó en la primera persecución de los cristianos y costó la muerte a unos doscientos de ellos, una muerte cruenta y dolorosa.

El caso de Nerón ilustra muchos de los elementos y de los peligros de una teoría de la conspiración: Primero, Nerón es víctima de una teoría de la conspiración que lo calumnia, y lo denuncia como el autor de un crimen gravísimo. Nerón no supo nunca cómo se originó el rumor y se encontraba indemne frente a la calumnia. Su estrategia de respuesta consistió a su vez en propagar otro rumor, que carecía igualmente de fundamento.

Como todas las teorías de la conspiración, la acusación contra Nerón carece de fundamento y de bases históricas: Nerón ni siquiera estaba en la ciudad, ni podría haber tenido ningún interés en devastar la mayor parte de su ciudad. De haber sido Nerón el autor del incendio, serían inexplicables las medidas que tomó para intentar detener la propagación del fuego; además del apoyo que después brindó a las personas damnificadas, las indemnizaciones que pagó y los esfuerzos que puso para reconstruir la ciudad.

De la misma manera carece de fundamento la teoría de la conspiración que construye Nerón. Los primeros cristianos se esforzaban por profesar y vivir el amor al prójimo ¿cómo podía ser compatible este amor al prójimo con el proyecto de poner en peligro la integridad y la vida de miles de sus conciudadanos?

Ninguna de estas consideraciones tuvo peso en el ánimo del pueblo romano, que envenenado primero con la teoría de la conspiración contra Nerón y después con la teoría de la conspiración de Nerón contra los cristianos, vio con buenos ojos la ejecución de cientos de sus conciudadanos. Como suele suceder cuando las teorías de la conspiración tienen consecuencias violentas, no es posible señalar a los responsables de inventar y después esparcir los rumores contra Nerón. La responsabilidad se “disuelve” entre todos aquellos que participaron en la construcción común de la teoría de la conspiración y en su difusión, hasta volverla una expresión aparentemente válida de la “opinión pública”.

Por último, y también como suele suceder con todas las teorías de la conspiración, nunca se descubrió la verdad sobre el origen del incendio. Hasta el día de hoy todo lo que tenemos son conjeturas. Lo que sí es claro, es que no fue Nerón el autor del incendio, ni tampoco los cristianos. Sin afán exhaustivo podemos clasificar varios tipos de teoría de la conspiración²⁰:

- Teorías de la conspiración pseudo-científicas: Aquellas que explican que las pirámides de Teotihuacán fueron construidas por extraterrestres; o que la raza humana es descendiente de una raza de gigantes, cuyos esqueletos están escondidos por la NASA.

- Teorías de la conspiración pseudo-científicas referentes a temas de salud: Aquellas que explican que las vacunas son dañinas para la salud. O que las vacunas contra el Covid son una estrategia para implantar chips microscópicos a la población. En ciertas regiones de Nigeria y de Pakistán grupos fundamentalistas impiden que se administre a los niños la vacuna contra la polio. Alegan que la vacuna produce esterilidad y que la supuesta campaña de vacunación es en realidad una estrategia de los países occidentales para esterilizar a quienes no les simpatizan. Pero incluso en los Estados Unidos hay figuras mediáticas que viven (y muy bien) de la promoción de campañas anti-vacunación. En este mismo apartado entran las teorías que afirman que el maíz transgénico produce cáncer; que el virus del SIDA es un invento de la CIA para castigar a los países pobres; que los cables de alta tensión producen esquizofrenia; que la marihuana no es adictiva y que es, incluso, menos dañina que el tabaco.

20. Sobre la teoría de la conspiración en la era del internet véase el excelente libro del sociólogo Gérald Bronner: Bronner, Gérald. *La démocratie de credules*. (París: Presses Universitaires de France, 2013). La revista *Esprit* dedicó un dossier al tema de las teorías de la conspiración titulado “La passion du complot” en su número de noviembre del 2015. De dicho dossier consulté los siguientes textos: Padis, Marc-Olivier “Débats et deraisons”; Bronner, Gérald. “L’espace logique du conspirationnisme”; Soufron, Jean-Baptiste. “Le virus du conspirationnisme”. Aunque la clasificación que aquí presento y el ejemplo de Teotihuacán, son originales míos. Un dossier titulado “Los idus de marzo” dedicado al tema, menos reciente pero también con excelente calidad y una pertinencia loable fue publicado por la revista *Letras Libres* en su número de marzo de 1999. Con textos de Enrique Krauze, Gabriel Zaid, José Emilio Pacheco, Mario Vargas Llosa y Hugo Hiriart, entre otros. El dossier se puede consultar en línea y constituye, en mi opinión, una de las mejores introducciones al tema de las teorías de la conspiración.

Todas estas teorías carecen del respaldo de la comunidad científica, y sin embargo millones de personas en muchas democracias las promueven y defienden y creen con ello contribuir a un ejercicio ciudadano.

- Teorías de la conspiración sobre catástrofes naturales: Aquellas que afirman, por ejemplo, que el terremoto y el posterior tsunami que afectó la costa de Japón y a la planta nuclear de Fukushima en el 2011 fue resultado no del movimiento de las capas tectónicas, como afirma la comunidad científica y todas las personas medianamente sensatas, sino más bien de una nueva arma que el gobierno del Presidente Obama estaba poniendo a prueba, y que puede ocasionar terremotos en cualquier parte del mundo.

- Teorías de la conspiración sobre el origen de problemas sociales y acontecimientos históricos: Este tipo de teorías de la conspiración es el más peligroso. Un ejemplo son las teorías que afirman que los atentados del 11 de septiembre o bien no tuvieron lugar, o bien fueron orquestados por el gobierno de George W. Bush para iniciar una campaña en Medio Oriente y así revitalizar la economía estadounidense.

- También pertenecen a este grupo todas las teorías que defienden que el colapso financiero del 2008 se debió a una conspiración de los judíos molestos por los precios de los diamantes en el mundo; y no a los excesos de los bancos, a las hipotecas “subprime” y a los desbalances comerciales entre los mercados asiáticos del Lejano Oriente y los mercados europeos y norteamericanos.

Este tipo de teorías sirvieron de base para la persecución y el exterminio que sufrieron los judíos durante la Segunda Guerra Mundial por parte de los Nazis. Los Nazis afirmaban que la “raza aria” (un difuso concepto que amalgamaba a personas de tez blanca, alta estatura, complexión esbelta, cabello rubio y ojos azules; pero también a muchos alemanes bajitos de estatura, rechonchos y de pelo café, como Hitler) no podría prosperar hasta que no exterminara a los judíos; pues los judíos eran la causa de la miseria de Alemania y los culpables del fracaso en la Primera Guerra Mundial.²¹

Los judíos, para esta ideología, eran a la vez portadores de enfermedades y piojos, así como financieros e industriales poderosos preocupados solamente por explotar a los “arios”.

El Holocausto —la exterminación sistemática y brutal de más de seis millones de judíos durante el régimen de terror Nazi— es la prueba más fuerte del poder destructivo de las teorías de la conspiración. Para promover su ideología de odio contra los judíos, Hitler recurrió a un panfleto del siglo XIX escrito en Rusia titulado *Los protocolos de los sabios de Sión*. Tal panfleto decía

21. La bibliografía al respecto es incontable e inabarcable. Pero puede verse, por ejemplo, el reciente artículo periodístico del Prof. Dr. Michael Wildt “...in vier Jahren kriegsfähig” aparecido en el *FAZ* el 26 de agosto de 2019.

recoger el plan judío de dominación del mundo que supuestamente fue concebido desde que los judíos habitaban en Egipto, en el siglo XIV antes de Cristo.

Al día de hoy es todavía común encontrar “negacionistas” del Holocausto: Personas que defienden vehementemente que los Nazis no exterminaron millones de judíos y que todo el tema del Holocausto es parte de una conspiración judía para causar lástima en el mundo y poder seguir abusando de Palestina y manipulando el sector financiero.

Las teorías de la conspiración muchas veces no tienen un autor específico, sino que son resultado de la amalgama de rumores sin fundamento en la que colaboran, de modo consciente o inconsciente, muchas personas.

Las teorías de la conspiración dan explicaciones absurdas y poco lógicas, por eso resulta tan extraño su poder seductor.

Las teorías de la conspiración disuelven la responsabilidad de quienes las propagan y suelen tener consecuencias violentas como la estigmatización de alguna minoría, o el surgimiento de brotes de polio en Pakistán y de paperas en Estados Unidos, o la proliferación del Covid; además de volver imposible que nos acerquemos a la verdad histórica y científica sobre acontecimientos importantes. Las teorías de la conspiración promueven un clima de histeria en el debate público, porque siembran en muchos ciudadanos la sospecha radical frente a las explicaciones de sus autoridades, sean estas sus autoridades políticas, es decir, sus gobernantes; o autoridades científicas, como por ejemplo, la comunidad médica.

Las teorías de la conspiración son un cáncer a la democracia: células destructoras del pensamiento crítico que el “sistema inmunológico” de la democracia no puede reconocer como enemigas.

Las teorías de la conspiración son perversiones de factores claves de la democracia, a saber: la libertad de expresión, unido al constante ejercicio del pensamiento crítico y la cultura del debate; la defensa de lo opinable y de la opinión en el ámbito público; y la pasión igualitaria. Explicaré brevemente en qué consiste la perversión de cada uno de estos factores.

8. La perversión de la libertad de expresión

Entre otras libertades, la democracia defiende la libertad de todos los ciudadanos para expresar sus opiniones en el ámbito público y disentir de los demás. Bien orientada la libertad de expresión promueve el constante ejercicio del pensamiento crítico —el análisis y la puesta a prueba de la veracidad de las afirmaciones concernientes a la organización de la vida en común. Afirmaciones

que pueden tocar aspectos tan diversos como la conveniencia de una u otra política de salud pública, estímulos económicos, políticas de promoción de empleo u organización del sistema educativo. Pero las teorías de la conspiración aprovechan la libertad de expresión para expresar falsedades, calumnias, sinsentidos y estupideces.

Las teorías de la conspiración solo aparentemente promueven el pensamiento crítico y la cultura del debate. Porque en realidad más que pensamiento crítico, las teorías de la conspiración proponen acríticamente y con total carencia de sentido común explicaciones absurdas con graves consecuencias. Piénsese en el caso del rechazo a las vacunas. No existe ningún argumento en contra de las campañas de vacunación que resista un mínimo análisis crítico. La mayoría de las teorías de la conspiración contra las vacunas se basan en estudios sesgados y en “médicos” y “científicos” que carecen de buena reputación en el ámbito científico. Y lo mismo se puede decir sobre calentamiento global.

Y respecto a la cultura del debate, es cierto que en una democracia es necesario debatir constantemente y poner a prueba diversas perspectivas sobre asuntos comunes; pero los temas que quieren llevar a debate la mayoría de las teorías de la conspiración no son temas debatibles.

No es debatible, por ejemplo, el hecho histórico del Holocausto. Tampoco es debatible que la ingeniería alimenticia beneficia enormemente a la población, más aún, es el único modo de producir el alimento necesario para una población tan numerosa como la nuestra. Tampoco es debatible si la crisis del 2008 fue causada por una conspiración judía o no, puesto que no hay argumentos sensatos, ni documentos, ni pruebas que nos hablen de esta conspiración. Ni es debatible si los atentados del 11 de septiembre tuvieron lugar; o si fueron causados por el servicio secreto israelí (la Mossad) o la CIA. Tampoco el calentamiento climático es un tema “debatible”; más bien es un hecho que vivimos desde hace más de cien años un calentamiento global, y tenemos que hacer algo para controlarlo. De la misma manera no es debatible si la marihuana es adictiva o no. No existe un debate al respecto en la comunidad científica; más bien predomina el acuerdo respecto a los efectos nocivos del consumo de la marihuana.

9. El problema de la verdad en la democracia

Una de las convicciones más fuertes e importantes en una sociedad democrática es que nadie tiene la verdad última respecto a los asuntos públicos; es decir, respecto a las medidas, leyes, mecanismos e instituciones que conviene poner en marcha para organizar de modo óptimo la vida en común y atender a las problemáticas comunes. La democracia se opone lo mismo a las diversas formas de teocracia, que a las variables del despotismo ilustrado, las tiranías y los autoritarismos.

Las teocracias defienden una relación especial entre el gobernante y Dios que le permite al gobernante saber cuál es la voluntad de Dios en política.

El despotismo ilustrado asume que el gobernante es un como un padre y que los ciudadanos son como niños pequeños. Los niños no saben lo que les conviene, pero el gobernante sí. Hay por tanto una distancia infranqueable entre la gran sabiduría del déspota y la vulgar ignorancia de la mayoría. Esta distancia justifica al déspota para gobernar como mejor le parezca.

Las diversas formas de tiranía y autoritarismo también asumen una superioridad esencial del gobernante respecto a los ciudadanos, aunque no se preocupan demasiado por justificar cómo es posible esta superioridad y en qué consiste.

La verdad juega un papel central en estas diversas formas de gobierno —teocracias, despotismo ilustrado, tiranía, autoritarismo. Los gobernantes tienen la verdad, y los ciudadanos no. De ahí que la democracia desconfie del papel de la verdad en la organización de la vida pública.

Pero el hecho de que podamos y debamos debatir sobre los asuntos públicos, no implica que no existan verdades en la organización de la vida pública. Es sencillo apuntar a diversas verdades que deben ser incuestionables en cualquier democracia, por ejemplo, que todos los habitantes de un país gozan de ciertos derechos inalienables por el simple hecho de ser humanos; que todos los ciudadanos son iguales ante la ley; que hombres y mujeres tienen los mismos derechos, y que esto debe traducirse en políticas de trato equitativo lo mismo en el ámbito laboral que en la administración pública; que todos los ciudadanos tienen derecho a un juicio justo en caso de ser acusados de algún crimen; que las políticas de educación, salud y seguridad son claves para el florecimiento de una sociedad; y, una de las verdades aceptadas más importantes de todas: que el poder debe ser acotado, en tiempo y en alcances para que sea productivo y no destructivo.

Es verdad también que las vacunas son el medio más efectivo conocido hasta la fecha para combatir las epidemias; y es falso y absurdo que las vacunas produzcan autismo, o que la vacuna contra la polio produzca esterilidad.

A pesar de la natural y sana desconfianza que los ciudadanos de una democracia deben tener contra el papel de la verdad en la organización de la vida pública, así como contra todo dogmatismo y fundamentalismo, esto no obsta para aceptar que existen ciertas verdades que deben tomarse en cuenta para la organización de la vida pública.

10. La pasión igualitaria y la desconfianza de la autoridad

Así como los ciudadanos desconfían de las imposiciones dogmáticas en la vida pública en nombre de “la Verdad”, también desconfían de todos aquellos elementos elitistas presentes en la vida pública. Esta desconfianza, aunque comprensible, puede ser peligrosa.

Ciertamente todos los ciudadanos somos iguales en el sentido político, es decir, en nuestros derechos fundamentales. Pero esto no implica que todos estemos igualmente capacitados para asesorar a los gobernantes en todos los aspectos de la vida pública.

Es recomendable por ejemplo, asesorarse con urbanistas para planear políticas de desarrollo urbano. Pues los urbanistas son los más capacitados para pensar soluciones a los temas de movilidad, manejo de desechos, aprovechamiento de energía y cuidado de patrimonio público. Igualmente, necesitaremos la asesoría de ingenieros civiles si deseamos construir un nuevo puerto, así como la asesoría de ambientalistas para medir el impacto ambiental de esta nueva construcción; necesitamos el conocimiento de los médicos para definir las medidas de control y atención a un virus como el del Covid.

Ya Platón se quejaba en *Gorgias* de la tendencia de las asambleas democráticas a desconfiar del consejo de los expertos y favorecer el consejo de los retóricos. Decía que cuando se trataba de reflexionar sobre si valía la pena hacer más alto el muro de la ciudad, habría que consultar a los constructores; y si la discusión era sobre las condiciones más adecuadas para la flota militar, habría que consultar a los marineros; sin embargo, en todos estos debates la mayoría de los ciudadanos preferían el consejo de los oradores. Los oradores carecían de conocimientos, pero sí conocían artimañas para halagar a los ciudadanos y ganar su favor.

Las teorías de la conspiración se insertan dentro de esta tradición de desconfianza a los científicos, a los sabios y a los expertos. Apuntan con razón que los científicos son falibles, y que muchas verdades hoy comúnmente aceptadas por la ciencia serán cuestionadas en el futuro cuando avance el conocimiento. Señalan también que los científicos se pueden corromper, y ponerse al servicio de intereses anti-democráticos de la industria y las grandes corporaciones. Ambas precauciones son justificadas, pero de nuevo, las teorías de la conspiración formulan verdades a medias, que acaban siendo falsedades. Es cierto que el avance científico continuará y tendremos que corregir muchas de las teorías que por ahora son válidas; pero hay ciertas verdades que no cambiarán, por ejemplo, que el calentamiento global tiene que ver con la aceleradísima industrialización que hemos atravesado en los últimos dos siglos, o que las vacunas son una prevención eficiente contra las epidemias; o que la higiene —lavarse las manos, bañarse— es también un medio eficaz para prevenir infecciones. Las pestes que azotaron a Europa durante siglos fueron ocasionadas en gran medida por la falta de higiene, esta verdad no va a cambiar.

Es cierto también que los científicos pueden corromperse, pero es inverosímil y descabellado pensar por ejemplo que los científicos de todo el mundo se han puesto de acuerdo con las grandes farmacéuticas para desde hace más de cien años llevar a cabo una gran conspiración que promueve campañas nacionales de vacunación. ¡El gran Louis Pasteur sería el iniciador del complot mundial y secular!²²

22. Cf. Bronner, Gérald. *La démocratie de credules*. (París: Presses Universitaires de France, 2013). Capítulo V, apartado quinto titulado “Vox populi, vox Diaboli?”.

El advenimiento del internet ha acelerado esta desconfianza frente a la comunidad científica y las autoridades en su materia. Es experiencia común de los médicos toparse con pacientes que se han “informado” durante algunas horas de navegación en internet sobre los síntomas que padecen y los tratamientos que requieren; y llegan a la consulta, más que para recibir un diagnóstico y una receta, para cuestionar al médico sobre sus conocimientos.

También la proliferación y manipulación de imágenes en nuestra era digital permite la difusión de teorías de la conspiración sobre los atentados del 11 de septiembre. Teorías basadas en fotos y videos de “ciertos testigos”; algo similar sucedió con las versiones en torno al escape del “Chapo” de la prisión de alta seguridad en el Estado de México.

En el presente, cualquiera puede revisar las imágenes sobre la fuga del Chapo, añadir otras imágenes o manipular las existentes, e inventar cualquier cosa: Que el Chapo escapó con la anuencia del Presidente Peña Nieto; que el túnel fue construido por la CIA o por extraterrestres; que Carlos Slim y el Chapo Guzmán son hermanos, o más aún, son la misma persona; y que todos ellos trabajan a las órdenes del Expresidente Carlos Salinas, la mente maestra detrás de todas las conspiraciones del mundo, desde la producción en un laboratorio del “chupacabras” hasta la crisis del 2008 y la caída (o subida) de los precios del petróleo.

Los expertos y los científicos son una barrera contra esta proliferación dañina de las teorías de la conspiración. Los ciudadanos demócratas debemos aceptar que políticamente todos somos iguales, pero que hay algunos entre nosotros que saben mucho más que nosotros de ciertos temas, y que están mucho más capacitados para tomar ciertas decisiones y, sobre todo, para dar ciertos consejos.

La igualdad de la democracia no puede extenderse a todos los ámbitos. No puede extenderse a la comunidad científica y académica. La comunidad académica no es esencialmente democrática, sino meritocrática, pertenecen a ella quienes han logrado demostrar que cuentan con los conocimientos y las habilidades de investigación y expresión propias de dicha comunidad.

El rechazo y la incompreensión al papel de la comunidad académica por parte de los ciudadanos que han caído en el encanto de las teorías de la conspiración se ilustran a partir del fenómeno consignado bajo el refrán “*el que tiene más saliva, traga más pinole*”. Me explico:

En *Gorgias*²³ el personaje de Sócrates imagina cómo sería un concurso entre un cocinero y un nutriólogo por el favor de un grupo de niños o por el favor de un grupo de hombres que piensan como niños; y compara este concurso con lo que sucede en la asamblea cuando los oradores demagógicos se enfrentan a los expertos: los oradores dicen lo que los ciudadanos quieren oír, pero no lo que conviene al bienestar de los ciudadanos.

23. Cf. Platón, *Gorgias*, 464d-e.

De igual manera sucede muchas veces en nuestros debates públicos: las voces de mayor credibilidad son las que gritan más fuerte, tienen más tiempo para aparecer en los medios y hablan de más temas (aunque no sepan lo suficiente de ninguno de ellos) Quienes tienen más saliva, tragan más pinole... Pero no necesariamente son las voces mejor informadas ni son voces bien intencionadas. Son voces que basan su popularidad en la natural desconfianza democrática contra las élites y en el impacto de la presencia mediática intensa.

Sin embargo, la desconfianza sistemática y la cultura de la sospecha que promueven las teorías de la conspiración, la convicción absoluta de que los gobernantes, los científicos, y los expertos siempre nos mienten, es uno de los dogmatismos más dañinos que puede padecer una democracia.

11. La doble disolución de responsabilidad y el desprecio del poder

Por último, las teorías de la conspiración promueven una doble disolución de la responsabilidad y con ello acrecientan el desprecio por el poder que de por sí sienten muchos ciudadanos.

A través de las teorías de la conspiración los ciudadanos reniegan de su responsabilidad, porque entran en una dinámica de *aventar la piedra y esconder la mano*: Participan activamente en la difusión y la composición colectiva de teorías de la conspiración, pero no asumen las consecuencias dañinas que tienen estas teorías. Difunden, por ejemplo, que las vacunas provocan autismo, pero no se consideran responsables por los recientes brotes de malaria en el sur de los Estados Unidos o de la proliferación del Covid.

Por otra parte, las teorías de la conspiración eximen a los ciudadanos de la responsabilidad de hacerse cargo de los asuntos públicos y participar en la vida política de su nación. Las teorías de la conspiración alimentan visiones deterministas y fatalistas de la política: No tiene sentido actuar ni participar en la vida política, porque todos los resultados están de antemano controlados por ciertos grupos de poder; por “el poder tras el trono”; por intereses ilegítimos de las grandes corporaciones transnacionales y los empresarios; por la CIA y los Estados Unidos, por el Vaticano, los masones o los judíos.

Gracias a las teorías de la conspiración algunos ciudadanos justifican su pasividad en política, a la vez que asumen que es un ejercicio “responsable” y heroico de ciudadanía participar en la difusión de teorías de la conspiración en las redes sociales. Denunciar a los “poderes oscuros” que controlan nuestro destino.

El desprecio al poder es una de las consecuencias necesarias de la popularidad de las teorías de la conspiración. Se desprecia a los poderosos, y concretamente a quienes ostentan cargos de elección

popular, o cargos importantes en la administración pública o el Poder judicial porque o bien son simples marionetas al servicio del “poder tras el trono”; o bien son ellos mismos conspiradores, cómplices de los poderes que permanecen en la sombra, cómplices de los “poderes reales”. En todo caso, quien ejerza o aspire a ejercer el poder es por ello una persona despreciable y corrupta.

Las teorías de la conspiración se aprovechan de la incertidumbre y de la sensación de inseguridad que sufren muchos ciudadanos, así como del afán de muchos de estos ciudadanos de pertenecer a una comunidad.

Las teorías de la conspiración y sus difusores ofrecen un sustituto del ejercicio de la ciudadanía, una pseudo-ciudadanía, que se despliega cómodamente en las redes sociales; pero genera división, desprecio al poder y desconfianza absoluta frente a los políticos.

El poder en una comunidad y en una nación es indispensable para alcanzar una vida segura y una vida plena de todos los ciudadanos. El poder se genera con la vinculación y participación responsable de los ciudadanos en el debate público y en la atención a los problemas comunes. El poder se genera cuando nos unimos, y no cuando nos desgarramos la carne o la honra con palabras irónicas y sarcásticas, o con teorías de la conspiración, como en una pelea de jaurías.

12. El poder de la libertad

Contrario a lo que muchas veces se cree y se predica, el aspecto más importante de una democracia no es el libre mercado, ni siquiera la libertad individual, sino el respeto a la dignidad personal.

El respeto a la dignidad personal es el corazón de una democracia en libertad, que es la única democracia que vale la pena, pues es también la única forma de democracia que se aproxima de modo más efectivo a los ideales de justicia e igualdad.

El respeto a la dignidad personal se traduce en el respeto a la vida humana y en un segundo momento a la libertad personal. Y la libertad personal culmina en la libertad política, que implica necesariamente libertad de asociación y conversación, libertad de prensa (que es una especie de libertad de conversación y debate público) y libertad de empresa, es decir la posibilidad de dedicarse a la profesión que cada quien elija, y de asociarse para fines empresariales con quien uno quiera en condiciones de justicia. Sin excluir por supuesto a la libertad religiosa, entendida como la posibilidad de practicar la religión que uno elija o de no practicar ninguna religión.²⁴

24. Para un ensayo sobre la articulación de la libertad de prensa y otras formas de libertad, me permito remitir a mi ensayo “¿Es México una verdadera democracia?” en la revista digital Spes (<https://spes.lat/2021/09/es-mexico-una-verdadera-democracia/>). Consultado el 24 de noviembre de 2021.

En la base de las convicciones democráticas hay una noción de naturaleza humana y, derivada de esta noción de naturaleza humana, hay una noción de poder. Ambas nociones tienen fuertes implicaciones para la institucionalización de una democracia y por eso bordaré brevemente sobre cada una de ellas. Al menos desde Platón la naturaleza humana se entiende como un don: un regalo de la divinidad que nos asemeja en alguna forma a la divinidad. Es en esta semejanza donde radica la dignidad humana: somos dignos porque hay algo de divino en nosotros. Contrario a muchas corrientes de pensamiento contemporáneas nuestra naturaleza no es indeterminada ni es una imposición: se trata de una naturaleza abierta, pero no amorfa. O para decirlo de un modo más hermoso y más preciso,

la naturaleza humana se entiende como una promesa. Promesa que para realizarse requiere ciertas condiciones políticas, económicas y sociales muy específicas, que permitan a cada persona ser acogida como valiosa independientemente de su “desempeño”, sus capacidades o, para usar expresiones de moda, “su competitividad” y su “performance.”²⁵

Para realizar la promesa humana hacen falta condiciones políticas, económicas y sociales que solo se alcanzan a través de la construcción y desarrollo de instituciones. Y las instituciones solo pueden establecerse a través de la generación del poder.

El poder en una democracia se genera entonces cuando los ciudadanos se asocian voluntariamente para la definición y persecución a lo largo del tiempo de fines comunes que los beneficien a todos.

Y es aquí donde viene la intuición clásica en sentido literal —pues está presente en Platón— central sobre el poder, una intuición que implica desde una óptica la confianza en el poder, y desde otra óptica la desconfianza frente al poder o, mejor dicho, frente a los poderosos.²⁶

La confianza en el poder es la certeza de que los seres humanos al asociarse son capaces de realizar iniciativas que jamás realizarían solos. Pensemos en el impacto que instituciones como la Secretaría de Educación Pública, a pesar de sus obvias deficiencias, ha tenido en la vida de millones de mexicanos. Ejemplos más sencillos como el de un cuarteto de jazz, una orquesta sinfónica o un equipo de basquetbol ponen también en evidencia que juntos somos mucho más poderosos que solos.²⁷

25. A decir de Jan-Werner Müller, este es uno de los puntos débiles del liberalismo clásico: la incapacidad de aceptar que no todos los individuos de una sociedad serán “de alto desempeño” y “gran potencial”; y sin embargo son igualmente valiosos. Véase Jean-Werner Müller (2021) la sección “Start: Zwischen Selbstgefälligkeit und Selbstkasteiung” (Inicio: Entre la autocomplacencia y la autocastración) Véase también la crítica devastadora de Jackson Lears a este “liberalismo del éxito” en su ensayo “Orthodoxy of the Elites,” *NYRB* enero 14 de 2021.

26. Me permito referir a mi texto: “Cómo leer a los clásicos sin perder la razón: a propósito de las reflexiones de Benjamin Constant” (México: UNAM, 2019), donde explico los elementos de esta intuición y su presencia en el pensamiento de Constant, uno de los liberales más importantes del pensamiento continental europeo. El filósofo y político Benjamin Constant desarrolla con maestría esta intuición central del liberalismo en su obra de 1815 *Principes de politique*. Véase especialmente el capítulo I sobre la soberanía del pueblo.

27. Para una breve explicación de la génesis y el sentido de las instituciones, me permito remitir a F. Galindo “¿Por qué necesitamos negocios y qué tipo de negocios necesitamos?” en Nebel, Mathias ed. *Generar un porvenir compartido*

La confianza en el poder es entonces la convicción de que a través de la asociación voluntaria y en condiciones de justicia es posible enfrentar con éxito los desafíos de toda índole que presenta la vida en común contemporánea.

Sin embargo esta confianza en el poder no es absoluta, ni ciega; sino que va más bien acompañada de una permanente desconfianza frente a los poderosos, una profunda desconfianza frente a la amenaza siempre vigente del abuso de poder.

El abuso de poder atenta directamente contra la libertad de quienes son abusados y amenaza también las condiciones mismas de generación de poder. Al margen de si el abuso es por parte de gobernantes elegidos democráticamente o por parte de poderes fácticos, como grupos criminales, medios de comunicación, o grandes corporaciones.²⁸

Desde una perspectiva de libertad el poder se genera de modo horizontal y multipolar. Y se mantiene como un poder cuyo ejercicio es positivo para la vida de la sociedad únicamente cuando es un poder controlado, restringido y limitado por un sistema formal e informal de pesos y contrapesos.

El poder de nuestros gobernantes y nuestros servidores públicos está acotado por las leyes, que los facultan exclusivamente para ciertas acciones y durante ciertos periodos. Es un poder acotado en el tiempo y acotado también por los otros poderes legítimos y por el respeto a nuestros derechos. Un poder acotado además por las condiciones económicas globales y el funcionamiento de los mercados internacionales, que escapan al control de cualquier gobernante; un poder acotado en última instancia por la libertad de prensa —la libertad de cada uno de nosotros para fiscalizar y denunciar el ejercicio del poder de nuestros gobernantes— y por otros poderes fácticos de tipo económico y mediático.

En una democracia el control del poder a través de un sistema de pesos y contrapesos genera más poder. Un sistema de pesos y contrapesos formal-legal pero también informal y consuetudinario. Un sistema para el que la rendición de cuentas, el respeto a las leyes y procedimientos, y la transparencia son indispensables.

El ciudadano rabioso, en su actitud de desconfianza absoluta y desprecio al poder no entiende cómo se genera el poder, ni cómo se gobierna y fortalece una sociedad. El ciudadano rabioso no entiende matices ni complejidades propios de nuestra democracia.

(México: UPAEP Tirant humanidades, 2020)

28. Que la opresión y los atentados contra la dignidad de las personas puede venir de instituciones y entidades diferentes del Estado, es en opinión de Jan-Werner Müller una de las aportaciones más relevantes de Judith Shklar, véase “Furcht und Freiheit” pero también “Usages de la peur” entrevista con Jan-Werner Müller realizada por Anne-Lorraine Bujon en *Esprit*, Mayo 2021.

No es a partir de la rabia que lograremos fortalecer la estructura social, económica y política de nuestro país. La rabia impide pensar, escuchar, hablar y entender a los otros. La rabia nos impide vincularnos con otros ciudadanos para atender problemas comunes.

La rabia nos ata al momento presente, nos impide recordar el pasado e imaginar el futuro. Recordar el pasado para reconocer los muchos avances que ha tenido nuestro país y nuestra democracia en los últimos años; y lo caro que han costado estos avances a mexicanos de todos los credos y de todas las corrientes políticas. Imaginar el futuro para encontrar salida a los problemas más urgentes con que nos enfrentamos: la corrupción rampante, la criminalidad, el desempleo y el subempleo, y la desconfianza frente a las instituciones públicas y privadas.

¿Podremos escapar a la epidemia destructiva de la ciudadanía rabiosa y a una muerte de nuestra democracia por acidia, por pereza y falta de deseo de participar?

13. Universidad y ciudadanía

Un esbozo de respuesta a esta temible pregunta debería considerar, en mi opinión, al menos tres puntos:

El primero, es que una terapia reconstructiva de la democracia implica necesariamente hablar de la democracia y de la crisis de la democracia en una conversación pública, popular y masiva. Hablar, pero sobre todo leer al respecto:

Los malestares de la democracia afectan la posibilidad de vivir juntos en paz y armonía, y afectan nuestra capacidad como sociedad y como personas para construir y colaborar para el bien común. Son malestares que nos afectan a todos, a nivel político y por lo tanto económico por supuesto; pero también al nivel más personal, familiar e íntimo, como queda claro cuando pensamos en los graves problemas de seguridad en México.

Una discusión pública, popular y masiva sobre la crisis de la democracia revitaliza la democracia y promueve la participación ciudadana.²⁹ Para que la discusión sea de calidad y profunda requiere de la prensa escrita. Una prensa capaz de acoger reflexiones originales pero también exigentes; textos que no sean meros “comentarios a la noticia”, que vayan más allá de la coyuntura, la denuncia y el escándalo político; textos que no caduquen tan pronto como el pescado fresco; textos que sin ser aburridos ni especializados sean exigentes con los lectores: que no teman añadir referencias históricas, filosóficas, económicas y políticas que ayuden a entender mejor la problemática que se aborda. Textos complejos, ambiciosos, para lectores exigentes.

29. Esta es la vía que sugiere Jill Lepore en “The last time Democracy almost died,” *New Yorker*, enero 27 de 2020.

Los numerosos artículos periodísticos mencionados en este ensayo son un ejemplo de este tipo de textos, y provienen de publicaciones de amplia circulación como *The New Yorker*, *The Economist*, el *Financial Times*, el *FAZ* (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*) y también de publicaciones menos conocidas pero igualmente importantes como la revista *Esprit* y el *New York Review of Books*.³⁰

Esas publicaciones demandan lectores exigentes para poder subsistir y brindar un espacio para el tipo de reflexiones que hacen falta.

Pero como bien explica Reinhard Brandt, „Die guten Zeitungen stammen direkt aus den guten Seminaren“.³¹ („Los buenos periódicos surgen directamente de los buenos seminarios“) Y este es el segundo punto: la calidad de nuestros periódicos es reflejo de la calidad de nuestra educación universitaria. ¿Qué nos dice la calidad de la prensa escrita en los diarios de circulación nacional en México sobre la calidad de nuestra democracia? ¿Y qué nos dice esta misma calidad de la prensa escrita sobre la educación universitaria en nuestro país?

La universidad juega un papel triple en la calidad de la discusión pública y en la vida democrática: Es el lugar de formación intelectual y de educación de la curiosidad intelectual que permite a los alumnos desarrollar la configuración intelectual y espiritual que necesitan para participar en una discusión pública de calidad. Para decirlo de una manera muy simple: La educación universitaria debe permitir a los estudiantes leer con gusto, entender y ser capaces de tomar una distancia crítica de artículos en una revista como *The Economist*, con todos los requerimientos de gramática, matemática, historia y economía que esto implica.

Además, el cultivo de la filosofía, las ciencias —en sentido amplio, *universal*, que incluya ciencias naturales, ciencias exactas y ciencias sociales— y la discusión de los seminarios, debiera tener como cauce natural de flujo del pensamiento e irrigación de la discusión pública de una sociedad a la prensa escrita, como menciona Brandt. El conocimiento universitario que no es capaz de fluir fuera de la estructura universitaria es estéril, y corre el riesgo de estancarse y volverse hediondo.

Por último, y este es el tercer punto, la universidad debe promover también la inquietud de participar en política. No me refiero necesariamente a la inquietud de hacer una carrera política (¡aunque me

30. En fechas recientes *The New Yorker* lanzó una serie titulada justamente “The Future of Democracy”, con aportaciones de la historiadora, profesora de Harvard Jil Lepore, entre muchas otras (<https://www.newyorker.com/news/the-future-of-democracy?verso=true>) Consultado el 23 de noviembre de 2021. Otro ejemplo reciente es el artículo de Gerald Wagner titulado “Grenzen der Expertise,” *FAZ*, 13 de octubre de 2021. Que refiere a su vez al ensayo del Prof. Wolfgang Merkel titulado “Neue Krisen. Wissenschaft, Moralisierung und die Demokratie im 21. Jahrhundert” (Nuevas crisis. Ciencia, moralización y la democracia en el siglo XXI) publicado por la Bundeszentrale für politische Bildung (Central Federal para la Educación Política) el 25 de julio de 2021 y disponible en línea (<https://www.bpb.de/apuz/zustand-der-demokratie-2021/335433/wissenschaft-moralisierung-und-die-demokratie-im-21-jahrhundert>) Consultado el 23 de noviembre de 2021.

31. Reinhardt Brandt. *Wofür noch Universitäten?* (Hamburg: Mainer, 2011) Pág. 201.

parecería de lo más natural!) más bien a la preocupación permanente por el bien común y por el ámbito público. La formación universitaria genuina, para ser fecunda debe estar orientada al servicio. Y el servicio a la sociedad implica la participación política en alguna de sus muy diversas formas. La acidia por los asuntos públicos no debiera tener cabida en el ámbito universitario.

13. Bibliografía

«How did American “wokeness” jump from elite schools to everyday life? ». *The Economist*, 4 de septiembre de 2021

«The threat from the illiberal left». *The Economist*, 4 de septiembre de 2021.

Axelrod, David. *Believer*. Nueva York: Penguin, 2015.

Baverez, Nicolas *Violence et passions*. París : L’Observatoire, 2018.

Brandt, R. *Wozu noch Universitäten?*. Hamburgo: Meiner, 2011.

Bronner, Gérald. “L’espace logique du conspirationnisme». *Esprit*. Noviembre 2015.

Bronner, Gérald. *La démocratie de credules*. París: Presses Universitaires de France, 2013

Constant, B. *Écrits politiques*. Ed. Gauchet, M. París : Gallimard, 2010

Eakin, Hugh. «Liberal, Harsh Denmark». *New York Review of Books*, 10 de marzo del 2016

Erker, D. J. “Religion”, en Buckley E. et Dinter M. eds. *A Companion to the Neronian Age*. Oxford: Wiley-Blackwell, 2013.

Fernando Galindo «¿Es México una verdadera democracia? » Septiembre 2020. Disponible en: <https://spes.lat/2021/09/es-mexico-una-verdadera-democracia/>

Fini, Massimo. *Nero, Zweitausend Jahre Verleumdung*. Múnich: Herbig, 1994.

Fukuyama, Francis. *Trust*. Nueva York: Free Press, 1996.

Galindo, F. “¿Por qué necesitamos negocios y qué tipo de negocios necesitamos?” en Nebel M. ed. *Generar un porvenir compartido*. México: UPAEP Tirant humanidades, 2020.

Galindo, F. “Cómo leer a los clásicos sin perder la razón: a propósito de las reflexiones de Benjamin Constant” en Espino J. ed. *Recepción clásica y modernidad en el siglo XIX*. México: UNAM, 2019

Georges, Karl Ernst. *Lateinisch-Deutsch / Deutsch-Lateinisch*. Versión digital. Berlín: Digitale Bibliothek, 2005.

Gerald Wagner, «Grenzen der Expertise.» *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, miércoles 13 de octubre de 2021.

Griffin, Miriam. *Nero, the End of a Dynasty*. Nueva York: Routledge, 1984.

Heller, Ágnes. «Kein Weg führt nach Utopia». *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, lunes 19 de agosto de 2019. Disponible en el original inglés titulado: “Freedom and Security” en <https://www.alpbach.org/en/heller>

Hessel, Stephan. *Indignez-vous!*. Montpellier: Indigène éditions, 2011.

Jackson Lears «Orthodoxy of the Elites.» *New York Review of Books*, enero 14 de 2021.

Jean-Werner Müller y Anne-Lorraine Bujon « Usagés de la peur » (entrevista) *Esprit*. Mayo, 2021.

Jill Lepore. «The last time democracy almost died.» *New Yorker*, 27 de enero 2020.

Kayle, Donald. *Spectacles of Death in Ancient Rome*. (Nueva York, 1998)

Krastew, Iwan et Jens, Oliver. «Die Eingeklemmten.» [“Los estrujados”]. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, miércoles 25 de mayo de 2016. Pg. 9. Conversación del periodista alemán Michael Martens.

Le nouvel esprit public. « La réaction est-elle en marche ? » (Podcast) Disponible en : <https://www.lenouvelespritpublic.fr/podcasts/282>

Lecoeur, Erwin: «Le parti des mécontents.» [“El partido de los descontentos”] *Esprit* Marzo-Abril 2016.

Lelia Abboud et. Victor Mallet « Vincent Bollré, Éric Zemmour and the rise of ‘France’s Fox News’ » *Financial Times*, octubre 4 de 2021.

Lepore, Jill. «Politics and the New Machine.» *New Yorker*, 16 de noviembre de 2015.

Lepore, Jill. «The Lie Factory.» *New Yorker*, 24 de septiembre del 2011.

Lepore, Jill. «The Party Crashers.» *New Yorker*, 22 de febrero de 2016.

Lilla, Mark. «France: Is there a Way Out?.» *New York Review of Books*, 10 de marzo del 2016

M. Geffrath. «Können Portestbewegungen etwas ändern? Teil 3». Referencia: https://www.deutschlandfunk.de/koennen-die-protestbewegungen-etwas-aendern.1184.de.html?dram:article_id=185490

- Müller J.W. *Furcht und Freiheit*. Berlín: Suhrkamp, 2019. (edición digital)
- Padis, Marc-Olivier «Débats et deraisons.» *Esprit*, noviembre 2015.
- Pape, Wilhelm. *Griechisch-Deutsch*. Versión digital. Berlín: Digitale Bibliothek, 2005.
- Payne, Stephen. *Voice and Vision*. Massachusetts, 2009.
- Platón. *Apología*. Tomo II de las Obras Completas. Versión bilingüe griego-alemán. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973.
- Platón. *Gorgias*. Tomo II de las Obras Completas. Versión bilingüe griego-alemán. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973.
- Roberto Fraga. «Le dimensions de la confiance.» *Esprit*, octubre 2020.
- Sarrazin, Thilo «Betrachtungen zur Populismus-Debatte.» [“Consideraciones respecto al debate sobre el populismo”] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, miércoles 25 de mayo del 2016. Pg.20.
- Solomon, Robert et Flores, Fernando. *Building Trust*. Nueva York: Oxford University Press, 2001.
- Soufron, Jean-Baptiste. «Le virus du conspirationnisme.» *Esprit*, noviembre 2015.
- Stern, Fritz. *The Politics of Cultural Despair*. California: Anchor, 1961.
- Runciman, David. *The Confidence Trap*. Princeton : Princeton University Press, 2011.
- Tourraine, Allan *Comment sortir du libéralisme ?*. París: Fayard, 1998.
- Sullivan, Andrew «Democracy Ends.» *New York*, 2 de mayo de 2016.
- Tácito. *Anales Tomo II*. Madrid: Gredos, 2001.
- Tomasky, Michael. « [Trump], Can he be Stopped?. » *New York Review of Books*, 21 de abril de 2016.
- Wiederman, T.E.J. “Tiberius to Nero”, en Bowman A et.al. eds. *The Cambridge Ancient History X, The Augustan Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- Wolfgang Merkel. „Neue Krisen. Wissenschaft, Moralisierung und die Demokratie im 21. Jahrhundert“. Disponible en: <https://www.bpb.de/apuz/zustand-der-demokratie-2021/335433/wissenschaft-moralisierung-und-die-demokratie-im-21-jahrhundert>